

**JOAQUIN GARCIA MONGE.** Costarricense. Autor, en narrativa, de novelas cortas, relatos y cuentos como *El Moto*, *Hijas del campo*, *Abnegación*, *Cuyeos* y *majafierros*, y de escritos sobre problemas nacionales y continentales. Figura relevante de la cultura de Costa Rica, cuyas realidades y valores artísticos y políticos asumió como escritor, maestro y dirigente. De vasta labor y difusión editoriales. Editor, durante cuarenta años, de *Repertorio Americano*, revista-voz de América. Su tarea y su fuerza en salvar, enriquecer y engrandecer la sensibilidad, el pensamiento y la conciencia de Costa Rica e Hispanoamérica es, desde su muerte en 1958, un hecho teórico y práctico cada vez más determinante y real.

**NARRATIVA**

**JOAQUIN GARCIA MONGE**

En el año 1981, se ha celebrado la fecha del centenario del nacimiento de Joaquín García Monge.

La Vicerrectoría de Extensión y el Instituto de Estudios Latinoamericanos de la Universidad Nacional se han encargado de recordar, a propósito de esta fecha, la importancia que tiene don Joaquín para nuestra cultura y para la cultura de la América Latina.

Joaquín García Monge, como todos sabemos, es una de esas figuras que representan la viva voz de un pensamiento latinoamericano. A través de las páginas de su **Repertorio Americano** se levantó la trinchera de las ideas de nuestros hombres, que clamaron por una definición de lo nuestro y por un rechazo de todo lo foráneo que perturbara el desarrollo de nuestra americanidad. Esta tarea, humilde y pobremente llevada a cabo durante casi cuarenta años, es la que le dio relevancia continental a don Joaquín y por la que hoy se le celebra en todos nuestros países.

Además de editor e ideólogo de nuestra América, Joaquín García Monge fue un hombre muy interesado por la cultura nacional. Ya sea como maestro, como dirigente político, como dirigente obrero o como escritor siempre tuvo presentes nuestros problemas. Su voz fue denunciante, clarividente. Cada una de sus palabras, sin lugar a dudas, fue y sigue siendo una lección que nos invita a meditar.

**Letras**, sumándose a la serie de homenajes que se le están rindiendo a don Joaquín por la razón antes apuntada, reproduce, en su sección de creación, una serie de pequeños relatos, muchos de ellos casi desconocidos para los lectores. Tienen la virtud de que revelan al García Monge maestro, fabulador, escritor, que muy poco estamos acostumbrados a conocer.

Esperamos rendir así justo homenaje, a quien múltiples homenajes se merece por muchos años más.

# CUVEOS Y MAJAF/ERROS

**M**uy poco hace caminaba yo para mi casa por un camino pedregoso y polvoriento, a tranco torpe, con el ánimo oprimido por hondas melancolías que las llevaba clavadas en el corazón como un manojo de agudas espinas.

Iban conmigo agradables compañeros: el pensativo silencio, la divina noche y la luna creciente que abrigada en una tenue colcha de nubes, hacía su viaje de reina por el cielo difundiendo sobre el mundo una triste media luz.

La vez nunca como entonces sentí con más gusto la apacible hermandad del silencio, que sin abandonarme un instante se deslizaba de puntillas por encima de las cosas como para no despertar a su paso las alimañas de la tierra. Solamente los grillos en vigilia, con la única vibración sosegada y metálica que ellos producen, interrumpían el blando avance del silencio.

El fresco aliento de la divina noche, como lo haría un ala de seda, de cuando en cuando me acariciaba el rostro encendido; esta caricia me complacía muchísimo!

A ambos lados del camino, frente a frente, se extendía una hilera de árboles inmoviles, tronchados por la poda y cubiertos de polvo, como soldados mudos que miraban imperturbables el desfile cotidiano de muchos hombres, mujeres y animales que, lentos y sufridos, iban del campo a la ciudad y de ésta al campo, en busca de pan y de trabajo.

Hasta entonces caminaba yo a tranco torpe, indiferente, con los ojos clavados en el suelo. Pero llegó un momento en que fijé la vista en el camino largo como un cintu-

rón amarillo y de lejos, me llegaron con claridad las notas uniformes y agudas que entonaba un fatídico cuyeo. Esto que oía me entristeció mucho más.

Conforme adelanté, distinguí menor el canto de aquel cuyeo. Sinceramente llegué a creer que no era yo quien avanzaba, sino el pájaro nocturno quien venía en brinquito a mi encuentro, con toda malicia, como lo hace con algunos de los viajeros que caminamos de noche.

Por fin llegó un momento en que lo distinguí a muy poca distancia de mi persona. Entonces dispuso acompañarme y saltando siempre por delante de mí, de un lado al otro del sendero, como una gran mariposa negra, siguió conmigo.

Saltaba en cuclillas y al caer daba un grito lúgubre, como si fuera un pájaro de hule que hiciese ruido al comprimirlo. Era una ave que vestía un traje de color café oscuro, con una franja blanca en las alas.

Confieso que lo oí con gusto varios minutos. Pero luego sentí la ausencia de mi pensativo hermano el silencio, que tanto necesitaba mi espíritu enfermo para vivir y yo no pude soportar más el canto del cuyeo. Alcé una piedrecilla de las innumerables que había regadas por el camino, y le hice un disparo. ¡En vano fue! El ave siguió su canto como un provocativo a mi furiosa impaciencia. Le disparé otra piedrecilla ¡En vano siempre! Cantaba con más fuerza, bien como asustado, bien como burlándose de mí.

Semejante compañero no podía ser más importuno. Yo estaba sufriendo mucho con verlo y oírlo. Le disparé una piedrecilla más y otra y otra, pero todo en vano! El pajarraco seguía cantando a pocos pasos de mi persona; saltaba en cuclillas y caía, sin el más mínimo ruido, con la suavidad de una hoja que se desprendiese de un árbol. Aburrido de apuntarle sin éxito, y resignado, seguí con él mi camino.

De pronto y no muy lejos oí con sorpresa otro grito de pájaro, corto, tenaz, y muy semejante al que traía enganchado a mis orejas: era otro cuyeo hurraño y solitario que cantaba su canción fatídica en el cementerio de la aldea. Este otro cuyeo me pareció más original e interesante que el que me venía acompañando. Hallé cierta afinidad entre él y yo. Su gusto extraño de cantar entre los muertos bastante me satisfizo.

Como un bulto sospechoso, me detuve en mi marcha y avancé hasta el portón de rejas que cerraba la entrada del cementerio de la aldea, sin preocuparme ya más del cuyeo que me acompañaba, el cual, como me detuve, se detuvo también, pero yo no supe dónde, porque ya no cantaba más.

El cuyeo del cementerio proseguía con entusiasmo su monólogo, que en aquella hora y en aquel sitio no podía ser más lúgubre. Cantando, saltaba en cuclillas de una tumba a la otra, o de las tumbas al suelo. Yo lo escuchaba y lo veía con gusto desde la reja.

Escuchándolo, supuse que sería un horrible mensajero enviado para despertar a los muertos en sus nichos, a fin de celebrar en esa noche una asamblea de esqueletos, presidida por la mismísima Muerte. Pronto deseché esta suposición y me encariñé con otra. Me pareció que la Muerte, vestida de blanco y apoyada en su guadaña voraz, se paseaba triunfal por entre las sepulturas cubiertas de malezas; y supuse, además, que el cuyeo le salía al encuentro, como el otro lo hiciera conmigo, o como lo hiciera un perro gruñón y bravo con algún ser extraño que se metiese a la casa que cuida; tal vez por esto sus gritos eran tan agudos y tenaces.

Y la muerte impasible, de tiempo en tiempo se detenía a contemplar no más un campo de víctimas, su obra saludable y purificante.

Entonces los recuerdos, como pájaros negros que aletearan muy cerca de mis ojos, acudieron a mi memoria. Allí, entre aquellas innumerables víctimas, descansaban muchos seres queridos sobre el blando regazo de la tierra. Yo no compadecí a ninguno y los envidié a todos.

Recordé las palabras del antiguo Job: *Allí descansan los de cansadas fuerzas* y nunca como entonces las sentí más bellas y justas.

También sentía yo mis fuerzas cansadas, ya no tenía ningún deseo de vivir y sólo deseaba un reposo absoluto para mis frágiles restos.

Y en voz alta, solemnemente, me dirigí a la Muerte en estos términos:

¡Oh Muerte! He aquí la reja que me separa de tus dominios. Yo vengo de la Vida en busca tuya. ¡Soy joven, y sin embargo deseo morir! Atrás han quedado los hombres y para vivir entre ellos hay que luchar y esto lo saben hacer bien los que son fuertes o malvados. La vida es lucha y es mal. Quien no desea la lucha y quiere vivir como bueno, está perdido: la ola de los perversos lo hundirá sin misericordia. El único bien de la Vida es la soledad voluntaria que ciertos espíritus valientes se han creado para sí;

sólo en el aislamiento se goza de la verdadera libertad. El servilismo comienza cuando uno tiene que codearse con los demás. Por esto ya no quiero vivir entre los hombres.

Ansío la soledad de tus dominios. Me figuro tu reino como una vasta pradera silenciosa, cruzada por hileras de cipreses blancos, cuyas copas se juntan y forman galerías interminables por donde puede pasearse a gusto, sin que nada importuno fastidie. Allí no se oirá ni un canto de pájaro ni el gorjeo de una fuente alegre; habrá flores blancas y todo será blanco allí. Tú misma eres blanca, tus manos lo son también. Te lo ruego, extiéndemelas y condúceme a tus dominios. Seré tu leal amante: juntos viviremos sin querellas, amándonos mucho. Dicen que tú eres fea, pero la imaginación mía se complace en revestirte de los más adorables encantos.

¡Oh Muerte! Sonríeme con sonri-

sas de novia. Tiende tu mano descarnada y llévame blandamente. ¡Pero bah! . . . no te rías así, y a mi súplica no respondas con ese gesto cruel, porque es filoso y cortante como tu voraz guadaña. Te inclinas y tu blanca túnica, como un lienzo que se asoleara sobre estacas, cubre tu amarilla osamenta y sin embargo te hallo sensual, atractiva. Yo deseo vivir contigo; con un poco de trato nos entenderemos los dos. ¡Ven por mí, te lo suplico!

Me figuro que tu compañía no puede ser más grata. Ven, extiende tu mano huesosa y llévame contigo; yo te lo exijo; observa que es sólo una reja la que nos separa.

Tú eres antigua para los demás, pero yo me imagino que tu vida ha sido una juventud inalterable, que tú has sido una princesa encantada en la cual los años no han dejado su huella de arrugas y carnas, su racimo de tristezas y desengaños.

¡Tú has visto tanto en el mundo y en lo que cuentas hay mucho que gustar y aprender! La historia de tus aventuras a través de los años y del espacio será un encanto para mi espíritu, que ansía saber cosas raras. Oyéndote, estaría prendido de tus labios, y tus palabras serían un collar encantado que me ataría para



siempre a tu corazón. ¡Oh, cuánto te deseo, primorosa Muerte! ¡Yo quiero vivir contigo! ¡Ven, ven, yo te amo tanto! ¡Oh Muerte. . .!

Concluida esta invocación a la Muerte, oí con sorpresa que extrañas voces, en coro, también concluían de repetir las palabras que yo acababa de pronunciar, yendo unas adelante, otras quedándose atrás, como sucede cuando varias personas rezan.

Espantado, abrí los ojos bien y vi que muchas gentes ignoradas y oscuras habían venido hasta las rejas del portón que cerraba la entrada del cementerio de la aldea.

—¿Quiénes sois vosotros, gentes importunas, que venís a interrumpirme en mis meditaciones?, les grité enfurecido. ¿No visteis que estaba solo, bien solo, que hablaba en alta voz algo que sentía

de  
corazón y que  
vosotros no erais capaces  
de comprender, y que  
no era oportuno que irrespe-  
tuosos, vinierais a interrumpirme? Sois unos atre-  
vidos, porque hasta mis palabras habéis repetido.  
¿Quiénes sois vosotros?, grité más alto. ¡Quiero  
que lo digáis al instante!

En seguida no tuve más respuesta que el llan-  
to tristísimo de un niño enfermo, estrujado a los  
pies de aquella concurrencia inesperada. A ese llan-  
to se unieron otros y otros, siempre de niños que  
sufrían.

¿Qué pasa? —pregunté angustiado. ¿quiénes  
sois vosotros? —repito.

—Somos fracasados de la Vida y venimos en  
busca de la Muerte, me repusieron casi todos con  
una doliente y entristecida conformidad.

—Yo soy un orate y un cojo, me gritó uno  
que apenas sí podía mantenerse a pie.

—Yo un ciego hambriento, dijo otro.

—Yo un alcohólico, habló uno de rubicunda  
faz.

—Yo un infeliz a quien destruyen los males  
venéreos.

—Yo un explotado sin fuerzas, que no puedo  
seguir la espantosa jornada, me dijo un obrero ha-  
raposo y triste.

—Yo una jovencita tísica, me dijo con mucha  
pena una voz apagada.

—Yo una vieja muy achacosa.

—Estos niñitos que gimen a nuestros pies son  
criaturas abandonadas, hambrientas y enfermas.

—Yo...

¡Callad!, le interrumpí  
desesperado al que

iba a hablar, no quiero saber más quiénes sois. ¡Ya lo comprendo, ya lo comprendo todo!

Y un silencio aterrador siguió después.

Y con asco miré aquel numeroso grupo de fracasados, aquella onda de impotencia y degeneración que venía del mar humano a las playas de la Muerte, en busca de un lecho de arena en donde reposar para siempre.

—¿A qué horas llegaron tantos? —pregunté angustiado. ¿A qué horas?

—Mientras hablabas fuimos llegando uno a uno. Fragmentos de tu invocación nos parecieron justos, expresaban lo que nosotros sentimos y por eso venimos a repetirlos, en coro, contigo. ¡Más tarde llegarán otros prójimos!; ¡el mundo está lleno de fracasados e inútiles que desean morir y ese terreno y otros semejantes no bastarán para tragar tanta víctima!, me respondió la voz ahuecada de un viejo paralítico.

Sentí horror oyendo aquello. Inquieto me moví de un extremo al otro de la puerta de rejas, como una fiera enjaulada.

Adentro, por entre las tumbas cubiertas de malezas, la Muerte continuaba paseándose. De tiempo en tiempo se detenía para mirarnos compasivamente, sobre todo cuando los que estábamos en la reja gruñíamos como pordioseros que a la puerta de un asilo de caridad esperan impacientes un poco de pan y caldo para aplacar las exigencias de la entraña famélica.

Esta situación humillante y miserable me angustió de veras y quise huir.

¡Callarse! —grité rabioso a la muchedumbre de miserables que me envolvía y que continuaba gruñendo en confusión. ¡Callarse!

E invocando de nuevo a la Muerte, antes de partir, le grité con todos mis pulmones:

—¡Oh Muerte! ¡Cuán miserable y cobarde me pareces ahora! Está bien que purifiques el mundo, destruyendo todos los seres indignos de vivir. ¡Pero no tienes por qué envanecer de tus triunfos! ¿Quiénes son tus presas? Esto que veis aquí: los débiles, los niñitos tiernos como una hoja, todas las víctimas del vicio y de las enfermedades.



Yo soy impotentes y enfermos desean morirse. Yo soy joven y debo vivir. Ni los vicios, ni las enfermedades han hecho de mí una ruina. Ven, ven y cébate en estas tus pobres víctimas: un hospital improvisado de vencidos te aguarda ansioso junto a estas rejas. Pero yo no te quiero más, te odio mil veces; huyo, huyo presuroso y me voy en busca de la radiante Vida, del cielo, de los crepúsculos, de las fuentes, del mar, de los colores, me voy en busca de mi dulce novia para vivir con ella el intenso amor y con ella luchar por los ideales más altos y más nobles entre los hombres. Y abriéndome campo con ambos brazos, le grité amenazante a la muchedumbre de vencidos que me envolvía:

Apartaos, apartaos, al que me detenga lo ahogo; y empujando sin piedad a los que me estorbaban el paso, eché a correr enloquecido por el camino pedregoso y polvoriento.

Y corrí mucho, mucho, hasta que fatigado llegué a la encrucijada de un camino. Ya no pude avanzar más y allí me senté, a la orilla del sendero.

Entonces otro pájaro nocturno, un majafierro, comenzó también desde un cafetal no muy cercano, a entonar su monótona canción, que oída de lejos parecía el golpe tenaz de un martillito de plata sobre un yunque fino.

El metálico canto del majafierro me entristeció de nuevo.

Con ambas manos me cubrí la cabeza, encendida como una ascua, y me puse a llorar como un niño.

Recordé a mi novia ausente y disgustada y como si la tuviese a mi lado, en son de reproche le dije con ternura estas palabras:

—“Compañera, aquí me hallas en la encrucijada del camino en donde me dejaste. Te aguardaba para que juntos siguiésemos la ruta emprendida en mejores días. Dame esa manecita blanca y fina y vente conmigo. La Vida nos aguarda placentera. Es preciso que la vivamos lo mejor posible, amándonos mucho y luchando por los ideales más nobles y más altos. Tú eres buena, pero mal hiciste en abandonarme. En esta lucha por los ideales no debiéramos habernos detenido un instante. Quedar sentado a la orilla del camino y ver con toda la indolencia del caimán, cómo se desbandan los ideales que se creyeron más puros y sólidos, es hacer una obra perjudicial y confesar impotencia. ¡Y esto no debe ser así! En esta vida hay vacilaciones que son caídas y hay caídas irremediables. Ven, dame esa manecita blanca y sigamos adelante. Ahora caminamos de noche, con mil obstáculos, pero debemos ser los primeros que llegamos al tope del Alba. Vente conmigo, pues. ¿Me escuchas? Ven, mi compañera, ven”.

Y no hablé más.

Un reloj cercano dio la una de la mañana.

Me levanté y seguí para mi casa a tranco torpe y vacilante.

Ya no se oían ni cuyeos, ni majafierros, probablemente habían suspendido, piadosos, sus cantos agoreros, que me hacían tanto dano.

Otra vez sentí la presencia de mis agradables compañeros, el pensativo silencio, la divina Noche y la Luna creciente, atropada siempre en su colcha de nubes y difundiendo por el mundo su triste media luz.

Al fin llegué a mi casa. Le di vuelta a la perilla de la puerta, abrí con cuidado y entré con la suavidad de un gato para no despertar a los demás que dormían.

A pesar de todo, sentí que de la oscuridad salía la voz entristecida de mi madre que me llamaba.

—¿Matías?

—Señora, le respondía dulcemente. ¿Han entrado ya todos mis hermanos?

—Sí, tranca la puerta, me dijo y no habló más.

Encendí entonces la vela y antes de acostarme, como de costumbre, abrí bien las ventanas de mi dormitorio.

El aliento fresco de la noche, como una ala de seda, me acarició el rostro encendido; yo le agradecí a la noche esta amable caricia.

Desnudo ya, me metí entre las sábanas. De repente, interrumpió el silencio un carraspeo que salió de la oscuridad. Era mi madre, que aún despierta, carraspeaba como otras veces, antes de dormirse.

Entonces fijé mi pensamiento en la dulce madre mía y me dije a solas: —“¡Buena madrecita esta mía! ¡Cuánta ternura me infunde el ejempló de su vida constantemente cariñosa para conmigo! Estoy fuera de la casa, y no duermo, pensando en que aún no he regresado. Amante, siempre me aguarda con el mayor desinterés del mundo. ¡Cuán



bueno es la madre mía! En estos veinticinco años que llevo ya de vivir entre los hombres, no he visto un cariño más pu-

ro, más leal y más permanente que el de ella, cariño por encima siempre de todas las injusticias y desapegos y olvidos. Es el único ser en quien he hallado un amor firme como una lámina del oro más fino, siempre inalterable, siempre fuerte. Cuán distinto es el cariño de los demás, él de la novia, del amigo, de la amiga!; este otro cariño es una frágil lámina de porcelana que con el más leve choque se hace trizas. . .”.

Hundido en estas y otras reflexiones, me dormí, no supe a qué horas.

Más tarde, la fresca y bien oliente madrugada ya se paseaba por las campiñas en espera del Sol, como una lozana doncella que del baño saliese a recoger flores para su amado.

En el cafetal de enfrente un maja-

fierro daba la sola nota de su pentagrama, parecida al ruido de un martillito de plata que golpeará tenazmente en un yunque fino.

En el velador, la luz de la vela que no apagué al acostarme, parpadeaba en un pocito de esperma fundida. La Luna creciente, ya en el ocaso, tendía una sábana de blanca luz sobre la tierra al despertar.

Esta luz, entrándose por la ventana abierta de mi dormitorio y la luz agonizante de la vela teñían la estancia de un color amarillo, dándole un aspecto funeral, como si en realidad aquella noche, silenciosamente, un muerto hubiese dormido allí.

Mayo de 1906

# UNA EXTRAÑA VISITA

**A**noche, como a las tres de la mañana, cumplí veinticinco años de vivir en el mundo. Todos ignoran esta fecha y es natural, porque a nadie le interesa. Yo mismo no la habría recordado, como tantas veces me ha sucedido, pero una extraña e inesperada visita que recibí me trajo su recuerdo.

Entró en mi dormitorio deslizándose caute-



losamente por las paredes, por el suelo, como temerosa de despertarme. Vestía un lindo traje blanco y en su rostro aleteaba una encantadora expresión de dulzura. Su cuerpo resplandecía de tal modo que iluminaba la estancia con luz de cocuyo.

Tímidamente anduvo por el dormitorio, examinándolo todo con la más infantil curiosidad. Vio el piso sin barrer, enarenado con la arena que diariamente recogían mis zapatones en la calle, sucio, cubierto de fósforos quemados, colillas de cigarros, bodeques de papel.

En una de las esquinas del cuarto una guitarra estaba de pie, con dos cuerdas rotas y enmohecidas las clavijas, sin uso; en el interior de la cámara resonante una arañita sedentaria había tendido sus hilos de plata.

Examinó los libros de la estantería y sus ojitos de luz no vieron más que gramáticas, psicologías, lógicas y estudios de literatura arcaica. Esto que veía la dejó pensativa por varios minutos. Probablemente reflexionaba en la severidad de aquel entendimiento humano que se sustentaba con lecturas así. Allí no encontró ningún libro que expresara hermosamente la dicha de la vida, la gloria del sol, del cielo, de esta tierra fecunda y admirable; ningún poema de amor que cantara la dignidad de la especie, la necesidad de reproducirse, de perpetuar la raza, la salud, los ideales. ¡Allí no había nada de esto!

Disgustada, se retiró para examinar con cuidado las gavetas de mi mesa de trabajo. Allí no encontró más que papeles en confusión, cuartillas escritas, recortes de periódicos; no halló una carta, un retrato de mujer, una cinta recogida al pasar, una flor marchita, algo, algo que indicase las huellas de algún amor vivido dulce y dignamente con

alguna mujer sensible, bondadosa y pura. De esto no había allí nada, nada. . .

Desconsolada, apartó los ojos y echó un vistazo a las altas paredes de mi dormitorio y las sintió desnudas, de un color verde claro, sin una de

esas relojas que tejen laboriosas manos femeninas, sin un medallón de terracota o de yeso, sin un cuadro de arte, sin un petatillo cubierto de retratos de amigas hermosas y queridas, sin un liencito amable de esos que la novia artista y delicada pinta con mano fina, como un recuerdo para su novio que la comprende, la respeta y la admira.

Notó que mi mesa de estudio estaba empolvada, sucia, llena de libros en confusión, abiertos al principio o en la mitad, puestos boca abajo, aplastándose los unos a los otros. No vio allí un jarrón con flores frescas, bien olientes, colocadas en la mañanita por la mano cariñosa de la compañera para que alegren y perfumen el gabinete de estudio del amigo que trabaja y piensa; con esas lindas flores cuya compañía tanto agrada a los hombres de corazón, flores enviadas por la novia adorable o recogidas con ella en el jardín público o en el camino por donde juntos pasaron la última vez que se vieron.

Con mucha precaución abrió el baúl que contenía mi ropa y con pena advirtió allí el mismo desorden y abandono. Los trajes sucios amontonados, sin aplachar; los cuellos y las corbatas por aquí o por allá; las camisas, las medias agujereadas y los pañuelos sin esas marcas y remiendos que las mujercitas diligentes y cariñosas les ponen a las ropas de sus compañeros o hijos para distinguirlas de las otras.

La extraña visita bien pronto supo esto: que en mi cuarto era todo sucio, desagradable y triste; que allí sentíase por completo la ausencia de la amorosa mano de la dulce amiga que pone orden, limpieza y encanto en todo lo que toca.

Quiso descansar un rato, pero no halló en dónde; yo sólo tenía una silla, la que me sirve para sentarme a escribir todos los días, ocupada en ese momento con el sombrero, el saco, los pantalones y demás ropa de uso diario. Es cierto, la visita no halló en dónde sentarse. Quedaban dos bancos cuadrados y bajos: el uno, con la palangana en que me lavaba la cara, las manos y el pecho al levantarme; el otro, que me servía de velador y estaba junto a mi lecho. La curiosa visita se acercó a examinarlo también y encontró allí una palmatoria sin limpiar, repleta de esperma, un verdadero cementerio de palillos de fósforo, pavesas negras quemadas y mariposillas nocturnas. No hay duda, en aquella palmatoria se habían consumido muchas velas, unas después de otras, para iluminar tantas de mis largas vigiliass reflexivas. Junto a la vela descansaba entreabierto *El libro de las tierras vírgenes* del fuerte Rudyard Kípling; un lápiz señalaba el sitio en donde la lectura se había interrumpido poco antes.

Por fin resolvió sentarse a la orilla de la cama en que yo dormía apaciblemente. Con ternura se reclinó junto a mí, puso más luz de cocuyo en sus lindos ojos y me observó largo rato. Yo dormía de espaldas, con los brazos tendidos en cruz, fuera de la sábana. Algo notó en mi semblante que la hizo pensar. Sin duda la expresión de mi rostro dormido, la amplia serenidad de la frente meditativa, el gesto amargo que asomaba junto a los labios, gesto melancólico, del hombre joven que no está contento con su vida presente, que tal vez sueña con la gris uniformidad del trabajo penoso que vendrá al

otro día, siempre el mismo, siempre el mismo. Pienso que una lágrima de sentimientos se desprendió de los claros ojos de la extraña visita. Y allí permaneció largo rato, reflexionando tal vez sobre aquellos veinticinco años que dormían a su lado, años consumidos tristemente en la soledad y en el estudio, ajenos a todo lo que hace en realidad dichosa y digna de vivir a una existencia, por vulgar que parezca, sin disfrutar de la amorosa compañía de una mujer joven y estimable por su resolución, su sensibilidad y sus ideas.

Llegó un instante en que me moví, como al despertar. Entonces la visita se alejó con rapidez, de tal modo que cuando clavé los ojos en la oscuridad, apenas alcancé a distinguir que por la ventana alta de mi dormitorio, un rayo de luna salía como entró, vestido de blanco, temeroso, deslizándose cautelosamente.

1906



## LA MALA SOMBRA

**S**embrábamos entonces unos frijoles invernizos. Proceso Vega se llamaba mi compañero. Eramos vecinos y amigos. Al igual de otras veces aquella habíamos conversado poco. Algo me había contado ya Proceso de por qué se casó con Juana y no con otra muchacha que de joven había conocido primero y querido mucho. De pronto nos interrumpieron unas voces que venían de la calle:

—Proceso, aquí está el Cholo.

Miramos a la cerca. Hablaba un

tío de Proceso, un viejo pálido, de grandes bigotes grises y expresión triste.

Recuerdo que Vega cesó repentinamente su tarea y creo que se marchó sin decirme nada. A poco vi que se dirigían los tres a la casita de Proceso y que iban profiriendo voces de sorpresa y alegría.

Más tarde volvió Proceso. Contento, locuaz, como raras veces lo había visto así.

Por él supe entonces que el Cholo

era un hermano de Juana, hermano único. Ausente por muchos años, ya le creían muerto. Tanto, que rara vez se acordaban de él. Venía de Guatemala. Muy flaco, muy pálido, muy enfermo, muy pobre. Juana había llorado al reconocerlo.

Siguió haciéndome recuerdos de la mocedad. Me contó que en su tiempo, en el barrio, nadie aventajaba al Cholo en las pescozadas. Ahora el Cholo poseía, para Juana, Proceso y todos los suyos, la seducción del que ha estado ausente muchos años del hogar.

Sentado al anochecer de aquel día en el corredor de mi casa. Pienso en Proceso, mi amigo y mi vecino. Y le oigo como otras tantas veces— picando el pasto de las vacas, allá en su casita, al pie de la cuesta, junto al riachuelo. Ce-trino, algo corvetas, así es Proceso. Pobre, irritable, labriego laborioso y bueno.

Tiene tres vacas, que pastean por las callecitas y que le ayudan a vivir con

Ahora nos hemos vuelto a ver y trabajamos juntos. Ha transcurrido un año. Para mí casi todo está lo mismo. De nuevo sembramos frijoles invernizos.

Proceso ha pasado días amargos. Murieron las vacas y murió también la hija menor.

Para comprar unos bueyes, hipotecó la casita. Con los bueyes, se hizo boyero urbano. Malos tiempos, trabajo escaso. Días hubo en que no ganó ni para el sustento de los animales.

Y luego, la enfermedad suya y el deshacerse de los bueyes para pagar gastos de médico. Y lo peor: la tartamudez que le quedó a ratos.

—¿Y qué le parece?, toda esta *tuerce* me viene desde que llegó



la escasa leche que dan y que él vende. Eso, los jornales y la casita es cuanto posee.

Ahora le oigo: vocea a las vacas voraces y con sus palabras agría el anochecer gris, nublado y triste.

el Cholo a la casa. Porque el Cholo nos ha traído la mala sombra.  
¿Sabía, don Joaquín? Y de eso nadie me saca.

Así decía el pobre Proceso, entre enternecido e irritado.

Y esto era lo cierto: que el Cholo debía una muerte allá en Guatemala, la de un compañero de trabajo en los ferrocarriles, y fugitivo, había venido a asilarse en casa de su hermana. Y mientras él viviera con ellos, las desventuras no cesarían de perseguirlo.

—Y lo verá, don Joaquín. La casita se perderá también, porque estamos salados.

El Cholo en vano había buscado trabajo y prometido irse. ¿Y cómo despacharlo?

Transcurrieron los días implacables, de mal en peor. Proceso ha resuelto irse. ¿Adónde?

—A las Mesas, con la mujer y la hija. Allí hay leche, frijoles y trabajo. Ahí quedan la casita y el solar. Que se los cojan por lo que debo.

—¿Y el Cholo?



—Ahí queda también. Que él se las componga como pueda.

Pero el curso de la vida sigue su propio y misterioso destino.  
¿Al fin se fue Proceso Vega a las Mesas? No se fue, porque un día de tantos murió, quebrantado de sufrir.

¿Y qué es ahora del Cholo, de la casita, de Juana, de Baltasara —la hija—? ¡Sólo Dios lo sabe!





# EL D/FUNTO JOSÉ

**N**o conocía al difunto José. Tengo de él, sin embargo, una impresión tan viva como si realmente lo hubiera conocido.

Lo que va a saberse ocurrió en tierras cálidas del Pacífico. Me lo contó la madre del “difunto José” (como ella decía), indiecilla flaca y laboriosa.

El padre del difunto José era cholo macizo y holgazán; bebía con frecuencia. El muchacho les resultó canijo, taciturno y amigo de la soledad. Siempre metido en el hogar. No hacía caso del trago, ni de las mujeres, ni de las juntas. Para la madre, el difunto José era un santo. No se parecía en nada a ninguno de los hombres que ella había conocido. De sus hijos, era el que más quería. En los contornos se tenía de él este mismo respetuoso buen juicio.

Trabajaba lo bastante. Pero más gustaba de la caza. De modo que los días festivos cogía la guápil y se iba a matar pavas y tepescuintles por los montes vecinos.

Una tarde en que había cierta indecible e inevitable tristeza en todas las cosas, el difunto José salió con la guápil al hombro por el sendero de costumbre, sin decir palabra, como siempre, y sin que ello preocupara lo más mínimo a los de su casa. A cierta distancia, se detuvo a la boca de un barranco, alistó la guápil y tranquilamente se pegó los dos tiros.

Como el hijo no regresara, la madre comenzó a preocuparse. Ciertas aves agoras, al anochecer, algo deplorable le habían anunciado con sus gritos, cuando vinieron a posarse en el naranjo que sombreaba el rancho.

Ya de noche, cansados de esperar y a instancias de la indiecilla, salieron el padre y el otro de los hijos en busca del difunto José. Iban profiriendo malas palabras en el camino. Apenas si veían, a la escasa luz de una linterna. ¡Angustiosa y peligrosa busca! Que en balde duró hasta pasada la medianoche. Regresaron sin noticias. La indiecilla los aguardaba ansiosa. Inquieta, rezaba y con una

de las puntas del pañuelo que le cubría las espaldas, secábase las lágrimas, una que otra. Porque el eco, al amparo de la soledad nocturna, le había traído a sus oídos el vano y angustioso clamor paternal: ¡José!, ¡José!...

El trágico remate se conoció al día siguiente, cuando fue posible hallar al difunto. La guápil se quedó entre unas matas, pero el cuerpo rodó más. Lo hallaron mutilado, ensangrentado.

Años más tarde, aún ocurría esto: de raro en raro, la indiecilla recibía promesas de los conocidos —cristianos piadosos—: tapas de dulce, puñitos de frijoles, y pesetas. La indiecilla con eso compraba candelas y las prendía al alma del difunto José, que era alma milagrosa.



## PROSCRITOS

**L**a cosa me la contaron así:

Don Demetrio era un caballero acaudalado, aristócrata de la capital y persona influyente en el gobierno de entonces. Solía denunciar terrenos baldíos, con lo que se había enriquecido mucho.

Contiguos a una extensa finca que poseía en Turrubares, había terrenos de esta clase. Como es natural, pudo más la codicia y los denunció también.

Pero es el caso que en dichos terrenos, a los lados de los caminos especialmente,

se habían instalado algunas familias pobres. Era una de ellas la de Remigio Soto. Inconforme con la vida estrecha que llevaba en el caserío vecino, Remigio había resuelto internarse, irse por los caminos a las montañas y detenerse en las tierras sin dueño conocido. Con la esperanza de desmontar el suelo, hacer un rancho, criar la familia y animales, sembrar, tener qué comer y ¿quién sabe?, hacerse rico, si Dios lo quería.

Algo de esto se había realizado con los años. Tenía el rancho, terreno limpio del que sacaba el sustento, y algunos animales. Los hijos habían venido, pero casi todos se habían muerto; dos le quedaban, ya grandecitos. Era malsano el clima del lugar. Aguas escasas y malas. Aguas malditas, decían en la comarca. Eso habían hecho los indios, envenenarlas, iracundos y perseguidos, antes de desaparecer y entregar los suelos nativos a los extraños.

Pero estaba contento Remigio. Más se conformaba con que le pegaran los animales que los hijos.

Cierto día supo que don Demetrio era el dueño del terreno que ya creía muy suyo. Esta infausta noticia cundió también por las demás familias que se hallaban en situación semejante.

Remigio conocía a don Demetrio. Le había visto pasar alguna vez a caballo por el camino, pero lo había visto con la indiferencia con que lo vería un rumiante, sin preocuparse de él, sin sospechar que aquel caballero sería el expropiador.

Luego se supo que un ingeniero andaba tierras adentro y medía las nuevas propiedades de don Demetrio.

Por fin llegó la orden fatal. O se quedaban como meros inquilinos, pagando esquilme, o desocupaban los terrenos ocupados indebidamente.

¿Y las mejoras? El nuevo propietario nada reconocía.

Y entonces ocurrió la terrible resolución. Que fue de la mujer airada, por cierto.

No hubo ni lágrimas, ni alaridos, ni pesadumbres ruidosas. Rencores sordos, resoluciones firmes y silenciosas, sí hubo.

Remigio no haría lo de su vecino y compadre, Juan Sojo, que días antes le había dicho: "Mire, compadre, yo no le daré gusto a ese tal por cual. Yo le voy a demostrar que no es tan así no más como se desaloja a un pobre. Venderé el chanco grande barcino y todos los animales, y perderé hasta el último centavo de lo que con tantas privaciones he ganado aquí, con los abogados y la ley, en edictos y papel sellado. Y después, ¡que se lo cojan todo!".

Aquel día del ardiente verano, sacaron los animales al camino, salieron las carretas con los trastos de la familia. . . Guiaban los dos muchachos de Remigio y los perros.



Marido y mujer se quedaron atrás. De pronto, como a escondidas, jadeantes, pálidos, sin saber por dónde, salieron y se incorporaron a la comitiva proscrita.

Más adelante, en un alto del camino, se detuvieron a contemplar la hazaña realizada. Ardía el rancho, ardían los cañales, ardía el platanar, ardían los árboles desmochados.

—Y ahora, que esos demonios se lo cojan. Palabras de la mujer.

## TRES VIEJOS

**E**sta es una viejecita tullida y ciega. En poder del yerno —enfermo y pobre— y de una nieta. La hija murió hace algunos años pero ella no lo sabe todavía.

Ahí se pasa en el aposento, hecha un montoncito.

Cada vez que siente a la casera, le pregunta con voz muy delgada:

—¿Ya nos viene a echar de la casa?

Dicen los vecinos que la tiene Dios como un ejemplo.

\* \*  
\*

Este es un viejecito de semblante muy noble, de barba entrecana; bastante jorobadito; con el vestido muy roto.

Viene de Tres Ríos, ya está muy cerca de San José. Salió a las cinco de la mañana y ya son las nueve y media.

Pica el sol.

Ahora se ha detenido a descansar un poquito. Arrima las esteras a un paredón y con el forro de una de las mangas de la chaqueta, se enjuga el sudor de la frente.

—¿Muy rendido?

—Algo. Ya ni veo claro.

Voz dulce.

Pausa.

—¿Un confite? (De los que llevaba mi hijo).

—Bueno. Dios se lo pague.

Hace esteras; tres por semana. Las venderá en San José, Dios primero. Tie-



ne que comprar las venas. Ahora escasea mucho la vena. De Curridabat para arriba, en todas las haciendas, han cortado las cepas de guineos. Mejores las del guineo, de invierno y de verano. El guineo diario está botando las hojas. La del plátano en el invierno se pudre.

—A ver si llego.

Y sin dificultad se echa la carga al hombro, y al camino.

\* \*  
\*

A este viejo hay que suponérselo primero: aindiado, de mandíbulas anchas, sin bigote, descalzo.

Toca recio la puerta y ofrece la mercancía: es un ayote, y lo trae en un saco de mangoché. Trae también un hacha.

Sale a atenderlo una niñita, la hija de la cocinera, y corre a preguntar si mercan el ayote.

—Mire. Llévelo. Es mejor que lo vean. Diga que valen dos riales.



Regresa la chiquilla por el ayote.

— ¡Animas benditas que lo dejen! A ver si ni puedo ir yo a buscar algo qué comer.

Medio zopetas, como que le faltan algunos dientes.

Entretanto, el viejo confianzudo ya iba zaguán adentro.

Yo estaba en cama, en una de las piezas inmediatas, dormitorio de la familia, que la señora mantenía con el piso lustroso y en todo, muy limpio. Un biombo me sustraía a las miradas de las visitas. Por darle broma y para ver qué hacía, le grité:

— ¡Che!, ¡che! ¿Para dónde va?

Cuando lo vi, fue junto mi cama. Debo confesar que me agradó aquella inesperada visita. El viejo era ocurrente, locuaz, muy expresivo. Por otra parte, yo tenía el buen humor del convaleciente.

—Ando delgado —me dijo—. Soy viejito y vea la hora que es y no he tomado café. Tengo un dolor en este lado. (Todo esto, dicho con gestos muy expresivos).

—Es ayote cascarito —añadió—. Yo antes picaba leña en esta casa, cuando estaba Fidelina Vega. (En otro tiempo, cocinera de la casa. ¡Que Dios la tenga en su santa gracia!)

En eso, la chiquilla.

—Que tome, que es muy caro.

—Diga que cuánto me ofrecen.

Y volviéndose a mí:

—Lo vendo para irme a comérmelo. (Con un gesto hace que come). Ando a oscuras.

En eso, la chiquilla:

—Que no, que se lo lleve, que no sea necio.

— ¡Ah, chiquita de Dios!, cómo no sabe dar una razón.

Y el viejo no salía del dormitorio.

En eso, la señora:

— ¡Adió! ¿Y eso? ¡Tamañas patas pintadas en el piso, acabadito de limpiar! ¿Y esas confianzas? Salga pronto para fuera.

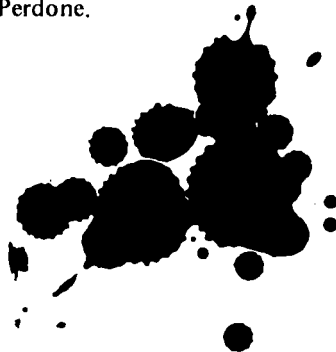
El viejo volvía la cabeza para todos lados, y no hallaba qué hacer.

Yo estaba muerto de risa.

Sí recuerdo que cuando salía iba diciendo:

—Hemos de ser tierra, señora. No tenga cuidado. Perdone.

Y se fue con su ayote a otra parte.





# LA VOLUNTAD DEL SEÑOR

Todas las mañanas, como a las nueve, llegaba a la casa y decía:

—¿Está la señora? Que aquí le mandan las mantillas.

Recostado en uno de los horcones del corredor, esperaba que una criada le entregara las mantillas sucias, y se iba sin decir palabra.

Cierta vez, en uno de estos compases de espera, me dijo con voz suplicante:

—Un remedio, déme un remedio para estas manos y estos pies. Para estas manos acalabradas, para estos pies de viaje tontos, que ya ni siento. ¿Qué remedio me da?

Al punto me compadecí de aquel viejito que había visto sin interés algunas veces.

Flaquito, tembleque, pálido, medio turno, con bigotillos ralos y canosos, con la perilla por lo consiguiente.

—Este verano no he podido coger café. Hace diecisiete meses que no gano un cinco ni por la mitad. Ya estoy más de caridad que de trabajar. El Padre

Vilchis me dijo que me consiguiera una medalla y que pidiera limosna. Yo le dije: “Medalla no. Muchas gracias”.

—¿Por qué?

—Porque la hija mayor se opuso. Ella me dijo que ganaría para mantenernos a todos. En casa somos seis por todos. La hija mayor lava, plancha, coge café, arranca linaza; le hace a todo. Le ayuda en los oficios otra hermana, que estuvo ocho meses en cama, boca arriba. Con reumatismo de sangre, con los brazos vueltos, con las piernas vueltas. Es más malo que el otro. Me la curó don Santiago. Y vea lo que es la voluntad del Señor. Uno de los hijos. . .

—¿Suyo?

—Y suyo también; de quince años, se me hizo loco; sin castigarlo ni nada, la pura voluntad del Señor. Hay que llevarlo como una madeja de seda. Si se le habla golpiado, para los ojos como un conejo.

—¿Y trabaja ese loquito?



—Sí, señor, es de mucha rigidez para el trabajo. Procuramos que no le den cólera, porque si no, pasa tres o cuatro días en cama. Llevo tres años de lidiar con enfermos. Antes de mancarme, yo me pasaba con un hielo día y noche, con cobijas. Así pasa ahora la mujer. También me curó don Santiago.

“Antes picaba leña meses enteros; ahora ni para el cuchillo. Ya no puedo ni esramar una mata de café.

“Es el tuerce. Vendí las dos vacas que tenía. He gastado más de quinientos pesos en doctores y medicinas.

“Ni como. Con sólo ver la carne de res en la matanza, me coge frío. Los huevitos y la leche sí me caen bien.

“¡Y vea lo que es la suerte! ¡Lo que hace Dios! Hasta las gallinas se me murieron.

“Mi casa no es casa. Apenas me sirve para escapar del sol y del agua.

“Una persona enferma como yo, anda parada por el punto, por el espíritu.

“Es una calamidad estar enfermo y sin posibles. Nada tiene ser pobrecito siempre, pero alentao”.

## EL LOQUITO

**E**ste es un loquito de dieciocho años, el menor de la familia. ¡Cuánta lástima me da el desgraciado loquito!

Ahí se pasa en el cerco todo el día. No se sosiega. Gatea debajo de las matas. Se echa a veces en el suelo, pero antes limpia el asiento con una pala.



Una tarde se perdió en los cafetales contiguos y lo vinieron a hallar como a la medianoche.

—¿Y qué estaba diciendo a esas horas? —le pregunté a Sacramento, la madre del loquito.

—Estaba ispiando las estrellas.

De un susto se hizo loco. Desde entonces anda en camisa, porque no le paran los pantalones; los hace trizas o los deja perdidos. Arranca monte, cebollas, matas de café, de maíz, cuanto halla. Mira lo que hace, sonrío y da voces de contento.

Escarba el suelo con las manos, come tierra, chupa ladrillos y teja.

Los cogollos de plátanos, las yerbas, los palitos que coge se los lleva a la boca, a manera de flautista.

Desprende de las cercas los porós viejos y los amontona activo, sonriente siempre.

Con cargas de palos o de cañas vuelve a la casa.

—¡Ah pelítico el de mamá!, itan lindo!, le dice a Sacramento, y se lo soba.

Los niños le temen. El mío, haciendo cucharas:

—Papá, no me gusta ese hombre.

Los caminantes se quedan mirándolo. Algunos lo compadecen.



—¿Qué tal? —le digo.

—Bien.

Voz agradable.

Otras preguntas. No responde. Me vuelve a ver y sonrío.

Gordito, simpático, bastante parecido a Sacramento.

Pasa un boyero joven y bien parecido y se carcajea de verlo. El loquito sonrío y se queda indiferente.

Si lo molestan se enfurece.

—¿Por qué no lo lleva al asilo? —le digo a Sacramento.

— ¡Dios guarde! Es muy comeloncito. De repente me lo dejan con hambre y se me muere más ligero.

Pausa. Finaliza:

— . . . ¿Y cómo harían? Si no se duerme hasta que me le arrimo a los pies. Apenas me ve zafarme los zapatos, ya está tranquilo.

¡Bendito sea Dios!



# EL HORTELANO

**V**en conmigo, porque puedes hacerlo.

Vamos al Rastro y lo verás. ¿Has pasado por el Rastro alguna vez?

Míralo. Es un hortelano de las orillas. Descalzo, negrillo. De bigotes caídos. Dos incisivos superiores le faltan. Muy sucios los pies y las manos.

Acaba de almorzar. Míralo; ya está bebiéndose en botella el café ralo. El muchacho que le trajo el almuerzo está sentado al pie de

la carreta. Fíjate; con un pedazo de tortilla de maíz amarilla limpia el fondo de una de las vasijas de la portaviandas. ¿Frijoles? . . .

Todo aquello negrea de moscas. Los pobres, los pacientes bues también están cubiertos de moscas.

—Huele mal.

— ¡Ya lo creo!, como que hemos llegado a un depósito de basuras podridas.

Todas las basuras de la ciudad, algunos centenares de carretadas, allí los depositaron hace dos años. El hortelano ha comprado al Municipio doscientas carretadas de ese abono.

Mejor que el estiércol; dice. No da joboto, que corta los siembros. Hay que irle quitando los vidrios y las latas. Sirve para el café.

—¿Y la huerta? . . .

—La tengo en las afueras. Alguito me produce; siquiera para comer.

Estoy contento.

Y ahora, inconforme, no reniegues más. Ten piedad de él y aprende a vivir.



# ZORRILLOS DE AGUA



**M**adre e hija. Ambas con criaturas de tamaños diversos. Siete son éstas. Tal parecen los más chicos: zorrillos de agua. Y otra mujer arrimada que llegó ha poco, también con una criatura.

Viven en un cajón de tablas y hojas de lata.  
El propio; en los linderos de la ciudad.

Gana el mayor de los hijos como limpiabotas. Y se ajustan con los desperdicios que en las noches recogen por la ciudad. Hay que figurarse esto: por un lado, de casa en casa, una de las madres, la más vieja, con una olla; por otro lado, de casa en casa, la mayorcita, Lola, con una portaviandas. ¡Noches lluviosas!

Quando van a almorzar hacen mucha bulla. Hoy no se oyó que almorzaran . . .

—¿Y diai, tan ligero lo tienen arreglado?, grita una de las vecinas.

Ciertamente, ya lo tienen con flores y todo en una mesa.

Solloza el limpiabotas, arrimado a la cabecera de la mesa.

Todas las mañanas, con voz doliente y apagada:

—Lola, Lola, Lola . . .

¡Era de llamar! . . . Ayer no la llamó ya más. En un quejido estaba hace poco. Lloraba, pero sin alientos.



Llora otra criatura como un gato. ¿Enferma? ¿De hambre? Es la de la arrimada.

El día y la noche se pasa llorando. Será que ella se concierta en el día . . .

Ella no habla. A la noche llegará y se acostará por allí en un rincón.

Entran y salen los vecinos. De pronto, dice uno de ellos, una anciana:

—Y otro peludillo les queda por el estilo de ese que se les murió. ¿Qué más quieren que se les mueran esos chiquillos? ¡Dichosos de ellos! . . .

Al pasaron la noche. Como que no tendrían la caja en que meterlo. No nos dejaron dormir

Un viejo fue el que lo clavó. Y otro; eran dos. Muy feos, muy sucios. Ellos, y un muchacho del vecindario, fueron a enterrarlo. Serían como las diez de la mañana de aquel bochornoso día de setiembre.

\* \* \*

—¿Te acordás de aquella criatura que lloraba como un gato? El viernes se la llevó la madre. La otra noche, ai estuvo el hombre que vive con ella. Como que no le gustó . . . Anoche la trajo a velarla. Una muchachita así, peloncita; no era fea. La callaban a gritos. ¡Como doce días de llorar esa criatura . . .!

—Quién sabe si se habrán llevao el ángel.

Setiembre, 1918

